

CONFERENCIA A LOS SACERDOTES DE 1 A 6 AÑOS DE ORDENADOS

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

El desarrollo de la responsabilidad del sacerdote en la formación permanente

26 de septiembre de 2018

Se ha dividido la presente intervención en dos partes que se relacionan con el desarrollo de la responsabilidad del sacerdote en la formación permanente. En un primer momento se afrontan las dificultades que comúnmente se presentan y después se describe la actitud formativa que será deseable.

I) Dificultades frecuentes

La **fidelidad** se puede definir como la responsabilidad de una persona en torno a los compromisos que libremente ha adquirido. En el caso de los sacerdotes, se trata principalmente de la fidelidad al Señor en el don recibido y por ello cuenta con el dinamismo de la gracia, de la vida mística y ascética, de tal modo que la fidelidad del hombre es reflejo de la absoluta fidelidad de Dios y respuesta agradecida a ella.

▪ La fidelidad tiene como objeto las **grandes decisiones** de la vida, así podemos hablar de fidelidad al ministerio sacerdotal recibido, al celibato, a la misión canónica, a la oración por el pueblo de Dios...

▪ Pero también se refiere a las **personas y grupos**, en este caso hablaríamos de fidelidad a la relación con Dios por medio de la oración, fidelidad al Obispo y al presbiterio, fidelidad al pueblo de Dios, a cuyo servicio el presbítero se ha consagrado, fidelidad a los colaboradores, que esperan una presencia estable y amable del sacerdote que los ha convocado. Es ese mundo de compromisos que se teje en torno a las relaciones interpersonales.

▪ Otra faceta de la fidelidad es la que hace referencia **a sí mismo**, es decir, a la coherencia interna o consistencia de una persona, que produce armonía interior entre aquello que el sacerdote piensa y ama y aquello que hace. Fidelidad a las propias convicciones, a los valores que ha aceptado como buenos para sí, al estilo sacerdotal ya cultivado, al trabajo de cada día... Pero en este plano es también fidelidad a la voluntad de Dios, que el sacerdote ha colocado como centro de su vida.

▪ La fidelidad se refiere también a los **pequeños detalles**, cosas simples de la vida que en la práctica son terreno propicio para la formación permanente: fidelidad

al horario establecido, a las reuniones, al deporte de cada día, al gesto de saludar y despedirse, a saber esperar al compañero para comer, etc.

La fidelidad define el contexto moral (*ethos*) que propicia la formación permanente, de la cual el primer responsable es cada sacerdote. Constituye una disposición básica de la persona y es materia de educación a lo largo de todo el proceso formativo. La **fidelidad personal** tiene una gran importancia en la formación inicial y permanente del sacerdote. La fidelidad del sacerdote supone una gestión positiva y libre de la soledad y una organización determinada de los propios espacios como son la casa, la oficina, la parroquia, etc.

Sin embargo, **en muchas ocasiones falla** la fidelidad en cualquiera de las facetas mencionadas. No debe extrañar esta realidad, pues los sacerdotes son hombres llenos de debilidades a los que se puede aplicar el análisis del profeta: *¿Qué haré de ti, Efraín; qué haré de ti, Judá? Su lealtad es nube mañanera, rocío que se evapora al alba* (Os 6, 4). La falta de fidelidad de los sacerdotes no es solo un problema moral que se pudiese remediar a base de arrepentimiento y mediante un propósito de enmienda. Porque **la fidelidad es posible cuando existe la sensibilidad que corresponde al don recibido**. La sensibilidad sacerdotal es un bien frágil. Es probable que tal sensibilidad nunca haya existido, a causa de carencias formativas importantes. También es probable que dicha sensibilidad sacerdotal se haya deteriorado por una mala gestión de algunas dificultades que son normales en el ministerio sacerdotal.

Pongamos atención a tres dinamismos frecuentes que bloquean con relativa frecuencia la sensibilidad sacerdotal:

▪ **El autoengaño.** Es el enemigo clásico de la vida espiritual. Tiene muchísimas modalidades, pero para nuestro fin podemos describirlo como la disposición a justificar las propias distorsiones que impide un conocimiento objetivo de la realidad y provoca una tendencia a buscar espacios de confort. En el fondo consiste en un no querer ver y, por otro lado, en un situarse cómodamente.

Para la formación permanente tienen especial importancia las **distorsiones sobre la identidad sacerdotal**, porque bloquean el objeto mismo de la formación. Por ejemplo, puede existir un sacerdote que piense que su ministerio se limita al culto, de modo que, fuera de los actos de culto no hace nada más. O quien está convencido de que tiene el derecho a utilizar la posición social que le da el ministerio como una plataforma para enriquecerse. O quien no hace oración porque nunca aprendió a orar. O quien no acepta subjetivamente elementos importantes del ministerio presbiteral asumido, como el celibato o la obligación de recitar el oficio divino.

Como hacen los directores espirituales, con el autoengaño hay que tener mucha paciencia, e **ir desmontando gradualmente** las actitudes defensivas y las falsas percepciones del ministerio que están debajo. Por eso es útil que el programa de formación permanente retome algunos temas básicos sobre la identidad presbiteral, que permanecen siempre válidos para todo el presbiterio.

▪ **La regresión.** No es raro entre los sacerdotes que se dé una regresión hacia modos de pensar y de sentir que supuestamente habían superado y abandonado durante el tiempo de la formación inicial. Esto ocurre principalmente porque la formación inicial no fue suficientemente profunda para tocar la raíz de esos modos de pensar y de sentir.

Por ejemplo, no es raro encontrar a un sacerdote que en sus primeros años de ministerio manifestó una amplia disponibilidad para la obediencia y de repente se regresó a una actitud cómoda, casi infantil, de rebeldía ante el Superior u Obispo. O uno que dibujó en su vida sacerdotal rasgos claros de pobreza, pero comienza a preocuparse por cosas superficiales, que le importaban en su adolescencia, como vestirse con ropa de marca o comer en restaurantes lujosos.

Es interesante **caer en cuenta** en este tipo de regresiones que no son raras en el camino de la fe, para retomar el camino. Dice el texto del Apocalipsis: *Recuerda de dónde has caído, enmiéndate y vuelve a proceder como al principio* (Ap 2, 5). Esta actitud de “caer en cuenta” representa una estupenda oportunidad para la formación permanente, pues ayuda a la persona a conocerse y a valorar la trayectoria vital.

▪ **El anclaje de la personalidad.** La imagen del ancla es ilustrativa. Se refiere a algún elemento que detiene el crecimiento de la persona. Detenerse es grave en la vida espiritual porque no crecer implica perder un dinamismo esencial y por ello lleva al decrecimiento. Es algo similar a la planta que crece entre espinas en la parábola del sembrador, atendamos a la explicación de la parábola: *Lo que cayó entre espinas, son esos que escuchan, pero con los afanes, riquezas y placeres de la vida poco a poco se ahogan y no maduran* (Lc 8, 14).

En la sociedad actual se ofrecen abundantemente diversos elementos que tienden a anclar la personalidad. Se parece a lo que san Ignacio describe como *un corazón llagado de pecado*, es decir, **una herida actual y viva**, que impide el progreso en la vida espiritual. Por ejemplo, el deseo incontrolado de bienes materiales o de poder, que ciega a las personas y les impide caminar con libertad. Otro ejemplo es la adicción a la pornografía, que llega a convertirse en un verdadero impedimento.

▪ **El deterioro.** Existen situaciones de deterioro que son frecuentes en la vida sacerdotal. El deterioro se distingue del normal desgaste de la salud o de la enfermedad. Se llama deterioro cuando aparecen las **consecuencias de un descuido crónico**. En muchas ocasiones será necesaria la intervención de profesionales de la salud y quizá en otras situaciones ya no habrá un remedio.

Es muy evidente el deterioro de la salud física y no es raro que en una comunidad sacerdotal nos encontremos con situaciones graves de salud que se pudieron evitar: obesidad, desnutrición, enfermedades cardíacas, diabetes y otras, que con un régimen de vida más saludable no hubiesen aparecido. También es frecuente el deterioro psíquico que ocurre cuando una persona no ha gestionado bien sus sentimientos e impulsos y comienza a manifestar síntomas neuróticos.

En otras áreas de la persona el deterioro puede ser menos evidente, pero es igualmente devastador: deterioro de la vida espiritual, de las habilidades y actitudes pastorales, de la capacidad para establecer relaciones positivas, etc.

Surge en estos casos la pregunta sobre la **responsabilidad de la persona** que se ha dejado caer en estas situaciones al grado de perder el control. Para que haya formación permanente es necesario **identificar estas situaciones y abrazarlas**, dejándose ayudar de otros que puedan darle una mano para superar dicha situación y transformarla en ocasión de crecimiento.

La fidelidad individual de los sacerdotes tiene efectos muy positivos en los diversos niveles de un **presbiterio** o comunidad sacerdotal, porque propicia, de un modo natural y espontáneo, un **clima formativo** que ayuda a todos a hacerse responsables de los diversos aspectos de su formación permanente. Por eso hay que decir que la fidelidad del individuo es un bien para la íntima fraternidad sacramental que los presbíteros están llamados a vivir entre sí. Propiciar este **clima grupal congruente** con los valores sacerdotales es una prioridad del programa de formación permanente.

Cuántas veces la decepción de los sacerdotes jóvenes procede precisamente de una experiencia negativa entre sus hermanos, donde han encontrado un ambiente casi contrario a los valores evangélicos y sacerdotales.

II) La actitud formativa

La formación permanente se fundamenta en **una actitud personal ante la realidad** que se comienza a poner en práctica desde la formación inicial y permanece a lo largo de la vida. Tal actitud va más allá de las actividades formativas que pueda proponer la diócesis o congregación religiosa y depende casi exclusivamente del individuo. Se puede definir como la **docilidad y disponibilidad** ante los acontecimientos, sean de signo positivo o negativo, que permite a la persona aprender continuamente, obteniendo siempre una lección para el futuro.

Aunque cualquier persona puede mantener esta actitud, es conveniente señalar que existe un vínculo significativo entre la **fe cristiana**, el **ministerio sacerdotal** y la **actitud formativa** descrita. La fe cristiana nos revela a Dios como Padre amoroso, que conduce providentemente nuestra vida, toca el corazón del creyente y lo motiva para cultivar esa disposición profunda. El presbítero, animado por la caridad pastoral, busca continuamente su formación para poder servir mejor al pueblo de Dios en el ministerio presbiteral. De este modo podemos comprender la actitud formativa como una **manifestación de la fe** y una **expresión legítima de la caridad pastoral**.

La actitud que caracteriza a la formación permanente es más completa y profunda si se mantiene en cada una de las dimensiones de la personalidad del sacerdote, es decir, si es **integral**. De modo que la persona se halle en una **disposición actual para aprender en diversos planos o dimensiones del yo**: físico, psíquico, intelectual, espiritual, relacional y pastoral. Conseguir que la actitud formativa se mantenga en la integralidad de la persona es un **objetivo del programa** de formación permanente.

Existen **varios niveles** en la actitud formativa que se describen a continuación en una creciente profundización:

- El más superficial es el que abre a la persona a una «**actualización**». Se entiende que hay la disposición necesaria para **completar** una base formativa adquirida fundamentalmente en la formación inicial, que se da por buena, de modo que **el aprendizaje se encaja en un referente previamente establecido**, que no se cuestiona.

Dos ejemplos pueden ilustrar el concepto. El sacerdote que participa en unos ejercicios espirituales. Está convencido de que sabe hacer ejercicios, de modo que cualquier novedad que se presente será identificada con una «materia» nueva a la que aplica una forma de hacer oración ya conseguida. El sacerdote que acude a una conferencia, incorporando a su saber algunos elementos novedosos.

- Un segundo nivel es la **profundización**. Hay la disposición a corregir la base formativa, no sólo añadiendo nueva información, sino aceptando un cambio en los métodos y formas de proceder. El cambio de método es significativo porque abre un **camino nuevo de aprendizaje** que el sujeto no había experimentado.

En los mismos ejemplos. El sacerdote que participa en los ejercicios espirituales y, dando por buena su base formativa, se atreve a aplicar una nueva metodología para la oración. El sacerdote que acude a una conferencia y no solamente incorpora nuevas ideas, sino que se interesa por investigar y conocer más, según el método que ha utilizado el expositor.

- El tercer nivel es la **docilidad-disponibilidad**. La persona se halla de tal modo dispuesta para aprender, que si encuentra un elemento de suficiente valor, es capaz de **cuestionar el aprendizaje acumulado**, para disponerse humildemente a **aprender desde la raíz**. Conviene aclarar que no se trata simplemente de un aprendizaje intelectual, sino sobre todo del aprendizaje de actitudes que tocan su ser como persona, como cristiano y como sacerdote.

En los mismos ejemplos: El sacerdote que participa en unos ejercicios espirituales y tiene tal experiencia en ellos que, reconociendo su incapacidad para orar, emprende con docilidad un camino espiritual nuevo, fiándose de Dios y de las mediaciones humanas, como son el director de los ejercicios y un método de oración. Se sitúa en la postura del pobre, que humildemente inicia un camino con plena disponibilidad. El sacerdote que asiste a una conferencia que le ayuda a replantear sus hábitos de estudio y le motiva para ello.

El proceso de aprendizaje de una actitud. La actitud formativa no se aprende de una vez para siempre, como en muchos aspectos de la vida humana y espiritual, se incorpora gradualmente a través del **humilde método del ensayo y el error**, tal como hacen los hombres de ciencia. También requiere estar vigilantes y en actitud de constante lucha. Hay que luchar para hacer el bien que a veces dejamos de hacer y evitar el mal que a veces cometemos. Hay que luchar para que el tesoro que ha sido depositado en nuestra vida no sea arrebatado. No se trata de una lucha agobiante, sino valiente y gozosa, sabiendo que no

estamos solos, sino con una comunidad que nos acompaña y un Dios que nos asiste. Caminamos hacia la santidad a través del humilde reconocimiento de los pecados. Así como en el aspecto intelectual crecemos a través de sencillas aproximaciones a la verdad que continuamente se corrigen, de la misma manera **la actitud formativa nunca se constituye en posesión personal**. Consiste más bien en un permanecer atentos a las distintas oportunidades, que no siempre tenemos la habilidad de identificar ¡Cuántas veces nuestro aprendizaje se da de modo diferido! Caemos en la cuenta de la importancia de un acontecimiento cuando éste ya ha pasado. Si queremos dibujar un proceso de aprendizaje, quedaría más o menos como se expresa en los siguientes pasos:

- **Identificación de las situaciones reales.** El sacerdote identifica los datos objetivos de su realidad personal, sabe distinguir los aspectos positivos y negativos, sus virtudes y defectos. Se aprecia básicamente a sí mismo con estas características.

- **Profundización y análisis.** El sacerdote ha profundizado en su realidad personal hasta llegar a una más profunda aceptación de sí y de las circunstancias que lo rodean. Se sabe necesitado de ayuda y ha aprendido a buscarla en el lugar adecuado.

- **Interpretación creyente.** El sacerdote ha aceptado la realidad a tal grado que la serena experiencia de la fe ilumina tanto sus aspectos positivos como los negativos. En todo percibe la mano providente de Dios y una oportunidad de crecimiento.

- **Orientación pastoral.** El sacerdote vincula su realidad personal a la misión pastoral, de modo que en sus virtudes y defectos encuentra una ocasión para vivir el Evangelio y para evangelizar.

Estamos hablando de **cuatro pasos progresivos**, es decir, que se construyen uno sobre el otro. Quien no es capaz de identificar sus virtudes y defectos no podrá ni analizarlos, ni interpretarlos y mucho menos aprovecharlos para hacer el bien. El proceso se puede relacionar con cada una de las dimensiones formativas. Cuando se han cultivado **notables desequilibrios** un desarrollo aparentemente amplio en una dimensión puede hacerse compatible con una notable deficiencia en otra. Por ejemplo, un sacerdote con una buena formación espiritual puede ser un verdadero analfabeto en lo que se refiere a la vida afectiva o al trabajo pastoral; o un sacerdote con un notable desarrollo intelectual que hace compatible con un grave descuido de su vida psíquica.

Es interesante situar la formación permanente en las coordenadas de este proceso y preguntarse: ¿Cuál es la situación general del presbiterio o comunidad religiosa y de cada presbítero en particular? ¿Existe objetivamente la capacidad de poner en práctica una actitud formativa como la que hemos descrito? Muchas veces se constata lo que dice el Evangelio: *porque al que tiene se le dará hasta que le sobre, mientras al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene* (Mt 25, 29). Sobre todo conviene preguntarse: ¿Por dónde conviene empezar? Quizá en muchos aspectos la formación permanente tendrá que dar los pasos iniciales muy humildemente, sin dar nada por supuesto.

Ascética y mística de la formación permanente. La formación permanente de un sacerdote tiene como núcleo fundamental la configuración con Cristo Siervo, Pastor, Esposo y Cabeza. Se trata de un proceso de identificación mística con algunos rasgos específicos de la persona de Jesús que han sido transmitidos por los Evangelios, particularmente los que se

refieren al humilde servicio en medio del pueblo de Dios, a la entrega personal a favor del rebaño, a la unión definitiva con la comunidad cristiana para el servicio de todos los carismas y vocaciones presentes en ella y a la conducción y gobierno de la misma. No es aquí el lugar para desarrollar el amplio contenido de esta configuración mística, sin embargo conviene subrayar que **la configuración debe estar presente como eje central** de todo el proceso formativo. Donde existe un camino místico, se requiere, por contraparte, una práctica ascética, es decir, cierta disciplina e incluso cierto rigor, que secunde el don de la gracia. Sin un mínimo orden y disciplina es difícil que se dé un verdadero proceso de formación continua.

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Facebook.com/obispojorgecarlos
Instagram:arzobispojorgecarlos
Twitter@arzobispojorge
Snaptchat:arzobispo.jorge